

Prólogo

La cruz del comenzar es síntoma de la dificultad de la empresa.

Hemos de recurrir a conceptos para hablar de algo que se enfrenta a los conceptos hasta hacerlos inalcanzables como los espejismos. Buscamos ayuda en la gramática de las palabras y en el sonido de las frases, pero éstas intentan tematizar y hacer claro y comprensible algo que las precede. La lengua es sonora, pero tarde o temprano ha de callar: también es hija del silencio. Las palabras dicen menos de lo que querríamos expresar con ellas. Nos desorientan, apartan nuestros pensamientos de sus metas iniciales, hasta tal punto que nosotros mismos nos sorprendemos mientras hablamos: queríamos decir otra cosa, no aquello que las palabras, la entonación y las estructuras lingüísticas hacen creer. La palabra dice menos de lo que queremos comunicar; pero el hecho de que los malentendidos nunca puedan desterrarse de la vida nos enseña que no se trata de una mera imperfección técnica, sino de la paradoja más propia de la lengua y de la comunicación: las palabras revelan poco porque contienen demasiado. No importa qué digamos ni de qué hablemos, nuestras palabras no transmiten sólo lo que deseamos comunicar. Sus honduras albergan otro indecible mundo que también les da vida. De este otro mundo podemos decir algo, claro está..., pero con ello no lo agotamos, sino que tan sólo corremos sus fronteras, ampliando así un horizonte siempre inalcanzable. Todo esto no reduce ni un ápice la importancia de las palabras, de los conceptos, del habla en general; pero la palabra, para alcanzar verdadero significado y significancia, ha de ser consciente de su servidumbre y comunicar también su fragili-

dad. El protagonista de una de las *Novelas ejemplares* de Cervantes tomó un hechizo que lo trastornó y acabó creyendo que tanto su cuerpo como su alma eran de vidrio, y cuanto más se apoderaban de él el miedo y la locura, tanto más aumentaban su agudeza y entendimiento. Algo parecido ocurre también con las palabras.

La debilidad confesada no deja de ser una debilidad: hay que decirlo antes de que el juego con los conceptos nos lo haga olvidar. Y esto vale doblemente en nuestro caso. La melancolía también es producto de la deficiencia de los conceptos; y esta deficiencia no es una falibilidad cualquiera que pueda evitarse o resolverse con el tiempo, sino algo sin lo cual no podría concebirse la formación misma de los conceptos. Pues así como la lucidez, la mesura y lo definitivo constituyen uno de los pilares sobre los cuales se asienta la comprensión, el otro está constituido por lo nebuloso, lo inasible y lo insatisfactorio. De ahí proceden tal vez la tristeza que acecha en el fondo de cualquier formulación que pretende ser definitiva y el desconsuelo que afecta incluso a las estructuras más cerradas. Nuestra cultura gusta de emplear los términos de «negatividad», de «carencia», en este contexto, pero —la propia melancolía nos llama la atención sobre ello— ¿puede considerarse negatividad y carencia algo sin lo cual la existencia humana sería impensable? Quizá sea válido desde un punto de vista escatológico, pero, como también demuestra la melancolía, la fe escatológica es otro fenómeno más de una existencia humana proclive al ensombrecimiento; siendo así, ¿podemos trazar a la manera de Dios, pero desde la perspectiva humana, una línea divisoria estricta entre lo positivo y lo negativo? Existen los puntos finales, los límites extremos, no cabe la menor duda; esto no sólo lo demuestra nuestra transitoriedad manifiesta en lo efímero de las cosas y en la muerte, sino también las barreras con las cuales tarde o temprano tropieza cualquier esfuerzo humano. Pero los últimos límites y posibilidades del hom-

bre no nos rodean por fuera, sino que constituyen los puntos nodales propios de la existencia, puntos internos que pueden encontrarse a cualquier hora y por doquier. Por eso, aquello que desde fuera parece carencia (es decir, el que la existencia humana esté limitada y no sea omnipotente), por dentro es plenitud; aquello que visto desde la perspectiva divina parece falibilidad es, según el parámetro humano, fuerza interior y capacidad. Hasta en la máxima lucidez hay cierto desconsuelo, hasta en el pensamiento más preciso hay oscuridad. Esto no quiere decir que se excluyan. Vivimos nuestras vidas cada uno de manera diferente, incomparable, singular, y no existen dos personas en las cuales la oscuridad y la lucidez, el deseo de lo ilimitado y la existencia abocada a la muerte se distribuyan en iguales proporciones. Es, como señala asimismo la melancolía, una condición previa no sólo de la vida, sino también de la muerte. No morimos ni por la debilidad ni por la fuerza, ni por la claridad ni por la oscuridad, sino porque todo es carencia para otro y plenitud para sí mismo.

Sí, la melancolía nos lo advierte continuamente; pero su advertencia no nos viene de fuera, sino que nos apostrofa desde dentro. Y no necesariamente precisa de palabras. Está presente tanto aquende como allende las palabras. Genera las palabras que al final la expolían. Cuando, varios cientos de años antes de nuestra era, se habló por vez primera de la melancolía, ya se habían olvidado los dolores de parto que no sólo acompañaron su nacimiento, sino también el del propio ser humano. La melancolía ya se presenta entonces ante nosotros con toda su armadura (la imagen puede resultar equívoca), y la mayoría de las palabras dichas sobre ella son descriptivas y objetivas. Más tarde las palabras se van multiplicando y llega un tiempo en que las propias palabras vertidas sobre la melancolía la generan; sucede cuando las personas quieren estar melancólicas hablando en exceso de ella. La moda, sin embargo, poco tiene que ver con

la melancolía. Pero como estas palabras, como toda manifestación verbal, van acompañadas de la máxima confusión y desorientación, la cháchara en torno a la melancolía acaba siendo particularmente terrorífica. Las palabras requieren un delicadísimo equilibrio: no sólo se ha de hablar de un tema, sino que también se ha de convertir en objeto el «cómo» de ese hablar. Y la espiral es infinita: también hay que crear de alguna forma palabras sobre ese «cómo», y entonces la forma también pide ser tratada como objeto. No existe una solución definitiva para esa cascada de objetos y formas que se trituran y se desgastan mutuamente: estamos hablando de la melancolía, si bien deberíamos referirnos al fundamento melancólico de las palabras. Para levantarnos, nos cogemos del pelo.

En la época en que la melancolía apareció por vez primera como concepto, ya todo se había dicho sobre ella. Aun así, sorprende de entrada la «imprecisión» del término, que las épocas posteriores tampoco lograron paliar. No existe una definición inequívoca y exacta. La historia de la melancolía es también la historia interminable del intento de precisar el concepto. De ahí, pues, la duda: al hablar de la melancolía tal vez no la estemos estudiando, sino tratando de encontrar nuestra propia posición con la ayuda de los conceptos acuñados sobre ella. Por eso se multiplican los tormentos del comenzar. Porque ¿dónde está el principio? ¿Allí donde nuestro tema se manifiesta por vez primera como concepto (en la Antigüedad) o allí donde nuestra propia vida se vincula con él para no soltarlo nunca más? ¿Allí donde adopta la forma de palabra o allí donde nuestra vida, retrocediendo aterrorizada ante las palabras, vuelve a encontrarse con él? Hemos dicho que cuando se la menciona por vez primera, la melancolía ya se presenta ante nosotros con toda su armadura. La prudencia y quizá también el temor inherente a toda prudencia exigen que empecemos por la palabra y que sigamos las huellas del destino de este concepto. Porque sí, como

suponemos, en el fondo de los términos acecha la melancolía, que se burla de las palabras y desmiente los conceptos, también podremos plantear las dudas y preguntas de nuestras vidas de una manera más clara y sin una respuesta implícita.